

Conflictos étnicos en China: el caso uigur en la provincia de Xinjiang, entre la autonomía y la independencia

Gustavo Adolfo Soto Marín

La República Popular China es el quinto país más extenso del planeta y, desde el año 2010, se ha convertido en la segunda economía en importancia mundial. Su preponderancia es tal, que muchos analistas se atreven a vaticinar un futuro en el que China se pondrá a la par de los Estados Unidos (incluso

algunos plantean que China tendrá la hegemonía mundial). Sin embargo, la República Popular China tiene en su interior una serie de contradicciones y conflictos que preocupan seriamente a su dirigencia y a la comunidad internacional y que exigen grandes esfuerzos para superarlos.

Dentro de ellos se encuentran los conflictos



étnicos, y dentro de éstos, los dos que mayor resonancia tienen se hallan específicamente al occidente del país; el primero es el más conocido en el nivel mundial, y es el de la región del Tíbet; el segundo es menos conocido, pero no por ello menos importante, y es sobre el que trata esta corta reseña: el conflicto étnico entre los uigures y los chinos en la provincia de Xinjiang.

La escogencia del conflicto uigur, y no del mediático conflicto del Tíbet, obedece a la consideración de que la región de Xinjiang, donde en su mayoría habitan los uigures, es una región estratégicamente fundamental, pues alberga grandes reservas de petróleo y minerales aun por explotar, así como diversos recursos naturales de fauna y flora, y porque es la puerta de entrada al Asia Central, región geopolíticamente crucial para los intereses, no solamente chinos (país que ha realizado enormes inversiones en la zona centroasiática), sino de otras grandes potencias como Rusia, los Estados Unidos y la Unión Europea.

Dentro de las muchas etnias presentes en China se encuentran los uigures que casi en su totalidad habitan la provincia de Xinjiang (provincia que comprende todo el noroccidente del país), la más extensa de la nación asiática (1.600.000 km²), pero, a su vez, una de las poco pobladas.

Los uigures tienen más en común con los nómadas del Asia Central que con los chinos

han debido a su origen túrquico. Su escritura es árabe y no china, son musulmanes, y sus tradiciones (ropa, cultura, costumbres y comida) son muy distintas de las del resto de China.

Históricamente, la región de Xinjiang, donde habitan los uigures, ha tenido una relación más estrecha con el Asia Central que con el resto del país, ya que el origen del dominio chino en la región se remonta apenas al año 1758 con la llegada de la dinastía Qing y, posteriormente, a finales del siglo XIX, en 1884, se decreta el origen de la provincia de Xinjiang. Sin embargo, los uigures siempre han tenido resistencia al dominio de su territorio por parte de los chinos, y en dos oportunidades (1933 y 1944) se rebelaron contra Pekín y establecieron, respectivamente, la Primera y Segunda Repúblicas del Turkestán Oriental. Esta denominación, que los uigures dan a la provincia en la que habitan y donde son aún mayoría, genera fuertes roces con Pekín que considera inaceptable esa denominación, por considerarla sinónimo de separatismo. Durante los años posteriores al surgimiento de la República Popular China, los uigures sintieron el peso del régimen que se acentuó en los años de la llamada Revolución Cultural, peso que se alivió levemente en los años ochenta. En la década siguiente se dieron, desde levantamientos armados, hasta atentados con bombas en las principales ciudades de Xinjiang. Todo ello les sirvió de

pretexto a las autoridades chinas para endurecer el discurso contra las expresiones separatistas entre los uigures.

En la provincia de Xinjiang se han venido dando recientemente cuatro fenómenos que los uigures denuncian como parte de la política intervencionista de Pekín en su región. El primero de ellos es la dura política frente a los grupos uigures al margen del Estado, y la represión de los movimientos independentistas y separatistas. El segundo es la progresiva asimilación a la cultura china de los uigures por medio de la enseñanza en lengua mandarín y la introducción de elementos de la cultura china que, progresivamente, se va haciendo obligatoria en escuelas, colegios y universidades. El tercer fenómeno es la implementación de grandes inversiones y proyectos de desarrollo por parte del gobierno chino, en los cuales los uigures no se sienten incluidos porque simplemente consideran que el gobierno tiene el interés puesto en la región como zona de paso hacia el Asia Central y en sus recursos naturales, pero no se ve traducido en generación de empleos y desarrollo. El cuarto elemento es el poblamiento que se está dando en la región por parte de chinos han cuya población, desde 1949 a 2003, se ha multiplicado por veinticinco en Xinjiang, y hoy en día está casi a la par con la de los uigures, situación que denuncian estos últimos como una forma de neo-colonización. Esa tensión interétnica tuvo un estallido sin

precedentes en el año 2009 cuando, seguido de protestas, vino un enfrentamiento entre ambas etnias que dejó como saldo unos ciento cincuenta y seis muertos (entre uigures y han) y mil cuatrocientos detenidos.

En la actualidad, la lucha del movimiento uigur se debate entre la autonomía y la independencia (la primera posición más aceptada por los uigures de Xinjiang y la segunda entre los que se encuentran en el exilio), un reto que tiene el gobierno chino de integrar efectivamente a los uigures al desarrollo del país, procurando que accedan a mejores empleos y bienestar, a la vez que se respetan sus ancestrales tradiciones y cultura.

El interés por este conflicto étnico, adicional al que de suyo tiene en sentido cultural, se debe a que se enmarca, valga reiterarlo, en la provincia de Xinjiang, una provincia de una importancia geopolítica fundamental por su ubicación como puente entre China y Asia Central, región esta última altamente apetecida por cuatro grandes potencias económicas, cada una con sus propios intereses en sus reservas de gas, petróleo y uranio, y en cómo acceder a ellas, ya sea para eliminar la dependencia energética (Europa con el desarrollo del gasoducto Nabucco, para cortar la dependencia del gas ruso), para mantenerla (Rusia con acuerdos energéticos con países del Asia Central para revender el gas a Europa), o simplemente para alimentar

la voraz demanda interna de hidrocarburos, como es el caso de China.

Gustavo Adolfo Soto Marín. Abogado, especialista en estudios políticos. Conferencista y analista internacional, es profesor de geopolítica e integrante del semillero de Estudios Internacionales de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad de Antioquia. Escribió este texto para la *Agenda Cultural Alma Máter*.

